

que el señor Gil Robles ha malogrado un bello destino y, lo que es peor, ha defraudado las esperanzas de mucha gente que le siguió con fe emocionante. Es inútil que la J. A. P. gesticule remedos de entusiasmo; por las filas de Acción Popular corre —y con razón— el desaliento. Por otras filas, donde se deseó vivamente el fracaso del señor Gil Robles, circula, en cambio, mal disimulado regocijo.

Nosotros estamos bien lejos de regocijarnos. Hemos reconocido siempre en el señor Gil Robles cualidades brillantes y, por encima de todas ellas, una acendrada rectitud. Nos hubiera complacido mucho haberle visto, para bien de España, por el camino del acierto, y conocemos de sobra la penuria de hombres que España padece para desear ni por un instante la definitiva eliminación de quien añade, a aquellas dotes sobresalientes, el gran valor de su juventud. Pese a todos sus errores, el señor Gil Robles aventaja, como valor humano, político y aun literario, a muchos de los que con avidez descompuesta se aprestan a sustituirle. ¡Lástima que haya desoído los consejos leales de quienes una y otra vez le previnieron contra las turbias compañías y contra los perjuicios de entregarse sin tasa a un encaje de bolillos de la política que acaba por enviciar en su pequeñez y nubla los ojos para la clara percepción de horizontes!

«A POR LOS CIENTO Y PICO»

Apenas resuelta la última crisis, el señor Gil Robles anunció la publicación de un manifiesto y la iniciación de una intensísima campaña de propaganda. El manifiesto se divulgó el martes, aunque reducido a la jerarquía de notas (acaso para cuando estas líneas se publiquen haya visto la luz otro documento más extenso). La campaña de propaganda comienza, al parecer, el próximo domingo.

Si se lee el manifiesto reducido a nota, se viene en conocimiento de que el señor Gil Robles ha venido soportando burlas desde que las Cor-

tes fueron elegidas. Y uno se pregunta: ¿Ha vivido todo este tiempo sin darse cuenta? Entonces, ha sido bien poco sagaz. ¿Se dió cuenta, por el contrario, desde el principio? Entonces, ha sido bien inhábil, puesto que no supo desplegar un juego que neutralizara aquella burla. Si contra las Cortes y contra la C. E. D. A. se intentaba una táctica de desgaste, nada peor que admitir un juego lento, aliado, por su propia lentitud, de los que apetecían el desgaste. El juego lento fué, sin embargo, el escogido por el señor Gil Robles. Diga ahora lo que quiera, las Cortes elegidas en el año 33 han sido de una esterilidad memorable. Como los penitentes perezosos, han ido demorando de un día para otro el poner en orden su conciencia, y ahora, a la hora de la muerte, es justamente cuando estaban llenos de los mejores propósitos: plan quinquenal de obras públicas a beneficio de los pueblos humildes, créditos para resolver el paro, dinero para el trigo, protección a los pescadores, defensa nacional...; todo eso iba a hacerse ahora. Pero, claro, los menos exigentes preguntan: ¿Y por qué no se ha hecho un poco desde 1933?

Algo semejante provoca el anuncio de la campaña de propaganda que va a emprender el señor Gil Robles. ¿Para qué esa campaña de propaganda?, interrogan muchos. Pues para traer diputados en las próximas elecciones. ¿Cuántos? ¿Trescientos? Eso no lo creen ni en la J. A. P. ¿Doscientos? Ni por asomo, en las circunstancias actuales. Cien si acaso, o ciento y pico; de todas maneras, menos de los que tenían ahora. De los que tienen todavía. Y, entonces, nos pone cerco un dilema implacable: o el tener 100 diputados no sirve de nada o sirve de algo. Si no sirve de nada, ¿para qué darse el trabajo de procurárselos? Y si sirve de algo, y aun de mucho, ¿por qué se ha dejado el señor Gil Robles desmontar con los que tiene? ¿A qué este extraño placer de dejarse derrotar sólo por preparar un desquite?

(Arriba, núm. 24, 19 de diciembre de 1935.)